

# Ramón, a secas

Por Marino Gómez - Santos

Ramón, a secas, es el nombre que escribimos siempre cuando probamos el punto de una estilográfica.

Ramón está en el desván de la historia contemporánea como un caballero pintado por Solana, a la vez patético y burlesco.

Ramón no puede ser más que un escritor que no sabe escribir si no es con luz eléctrica, a media noche, después de haber tomado en su viejo Café un plato de huevos fritos con tomate.

Ramón, así, a secas, recuerda muchas cosas: una botella de ron "La Negrita"; un velador de mármol redondo, lleno de vasos de cristal grueso, mediados de café negro; un reloj burgués, con marqueterías, que siempre marca más de las dos de la madrugada; un grupo de hombres con sombreros y bigotes monárquicos reflejados en el espejo de un Café.

Ramón es el primer escritor café-café.

Ramón es el paure de Salvador Dalí.

Salvador Dalí es un hijo de Ramón que ha sido estudiante hasta los treinta años, que ha dado a la familia más disgustos que alegrías, que ha empeñado la pitillera de su padre para jugar al billar.

Ramón ha sido un prestidigitador de mercado que ha metido fantasmas en su sombrero viejo y ha sacado a Valle-Inclán, cogido por las barbas y Gutiérrez-Solana por el cuello de la chaqueta.

Ramón es el evangelista de un Madrid pobretón, de relojes despertadores de campana, de toreros mal encarados que se dejaban la coleta, de Carnavales trágicos, de escaparates de peluquero con bustos de cera enunciando bisonés, pelucas y trenzas postizas.

Sin Ramón no se podrá hacer la Historia de España porque es el ojo desvelado del trasnochador que conoce las historias de cien guardias y que sabe los nombres de todos

los gatos que entran y salen bajo las puertas cerradas de los almacenes.

Ramón es familiar, por vocación, por espíritu aún, de Larra y de Mesonero y ellos fueron padrinos imaginarios, en la gran ceremonia en que Ramón fué coronado Cronista Regio de Madrid.

Ahora Ramón cumple sus bodas de oro, su medio siglo de escritor. Son día a día, cincuenta años consagrados a sacar partido literario del bote de pimientos que está vacío, tirado en una esquina; cincuenta años de borracho profesional que tiene Café fijo, carrarero fijo, recado de escribir para su uso particular, limpiabotas para darle los buenos días, porque no se mancha ni se limpia jamás el calzado.

Ramón, a secas; beodo de café negro, de café aprovechado, colado cien veces, muchas noches con posos de otros que mojaron antes en et porras o churros fritos, fritos por la mujeruca de Arena; mientras se celebraba la misa de alba en San Ginés, misa para cómicas arrepentidas, del Apolo, o para escribientes del Obispado, o para mendigos que entraron en la iglesia porque llovía.

Ramón firma sus cartas con Ramón, a secas, y sus libros con Ramón Gómez de la Serna porque el asomarse a los escaparates de las librerías exige una mínima compostura y hay que anudarse la corbata de los apellidos. Ramón, a secas, es la indumentaria vernácula del escritor.

Cumplir cincuenta años en la profesión de escritor es ya toda una veleidad hecha disciplina. Ramón fué escritor que no tenía más profesión en las tarjetas de visita que esa, de escritor. Ramón no supo discurrir más que vomitando imágenes literarias.

Ramón Gómez de la Serna es en la vida literaria un don Juan embozado a quien nadie ha visto jamás de día pero a quien todos conocen por el escándalo de sus aventuras.